

## UN DISCURSO BARROCO SOBRE LA SENTENCIA VIRGILIANA *LABOR OMNIA VICIT IMPROBUS*

JESÚS PONCE CÁRDENAS

Durante la primavera de 1623, bajo la protección de don Francisco de Mendoza, secretario del conde de Monterrey, inició sus actividades la última academia privada famosa del Madrid de Felipe IV. Entre sus miembros más activos destacó Anastasio Pantaleón de Ribera, cuyas funciones como secretario de la misma le llevaron a redactar ingeniosos carteles para diversos certámenes, así como oraciones y vejámenes que daban comienzo y remate a las justas poéticas<sup>1</sup>. En este marco académico se sitúa el breve *Discurso de Anastasio Pantaleón sobre esta sentencia de Virgilio. «Labor omnia vincit improbus»*<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> KENNETH BROWN ofrece una sintética aproximación a la figura y la obra de este autor en *Anastasio Pantaleón de Ribera. Ingenioso Miembro de la República Literaria española*, Porrúa-Turanzas, Madrid, 1980. Para situar el papel de estas reuniones en las letras de la época es imprescindible la consulta de las monografías de JOSÉ SÁNCHEZ, *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Gredos, Madrid, 1961 (para la academia de Mendoza, véase especialmente pp. 51-100) y WILLARD F. KING, *Prosa novelística y Academias literarias en el siglo XVII*, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1963 (sobre todo, pp. 57-63). El texto del discurso se puede leer en *Obras de Anastasio Pantaleón de Ribera*, CSIC, Madrid, 1944, volumen II, pp. 61-72.

<sup>2</sup> Entre los innumerables comentarios del pasaje virgiliano que se extiende del verso 121 al 159 del libro I de las *Geórgicas* y, especialmente, sobre esta sentencia, he seleccionado el realizado por René Martin en sus *Recherches sur les agronomes latins et leur conceptions économiques et sociales*, Société d'Édition «Les Belles Lettres», Paris, 1971 (resulta de marcado interés la lectura del capítulo tercero de la segunda parte, titulado «La doctrine du travail et l'expérience

Ya el título revela el carácter de un texto pronunciado ante un docto auditorio, al que se dirige directamente, sin escatimar ninguna de las formas del tú<sup>3</sup>. A primera vista nos encontramos ante un comentario que se torna en ocasiones retórica orfebrería barroca, un discurso en el que la abigarrada acumulación de citas en latín y en castellano parece impedir la visión de sus líneas maestras. Sin embargo, en una lectura detenida, aquéllas se van poco a poco insinuando.

Esta breve pieza oratoria se articula, a mi juicio, en tres secciones bien diferenciadas. La primera gira en torno al pecado original, que trajo consigo la pérdida de la gracia y la ciencia, e incluye un largo excursus sobre la figura del sabio estoico. Tras ella se realiza, con un despliegue de erudición característico del siglo XVII, una minuciosa anotación filológica de la voz «*improbus*». El encomio del trabajo y la invitación al impulso y desarrollo de labores culturales cerrarían la *oratio*. Veamos ahora cada parte con algún pormenor.

Las primeras líneas nos sitúan de forma abrupta ante el tema:

Con la pérdida de aquella primitiva gracia, que (a no pecar el primer padre) fuera individual herencia de sus hijos, perdimos también la ciencia, que en opinión de la escuela estoica hace iguales los hombres a los dioses: *Sapientem Deo parem esse: no sólo fue paradoja, sino doctrina del Poético de Zenon*.<sup>4</sup>

Los pensamientos del fundador de la Stoa y de otros seguidores insignes de su doctrina como Epicteto o Séneca (al que con vena patriótica califica de heroico español) le sirven para ensalzar el valor de las ciencias adquiridas tras un duro estudio. Este fatigoso ascenso por la vía del conocimiento y la necesidad del trabajo continuo son, para un cristiano, posteriores a la pérdida del estado de gracia edénico, y por ello se aducen en el texto los relatos de la expulsión del primer padre y del destierro de Luzbel al reino tenebroso, su exacto paralelo entre las huestes angélicas.

Refiriéndose al castigo de Adán por su soberbia, afirma:

Por este delito, al fin, se introdujeron la muerte y el afán, como su pena, y aunque dejó Dios a Adán sin ciencias no le negó la aptitud a adquirirlas, si se valiese del trabajo, que le descubriese alguna parte de tanta pérdida: *In sudore*

socialde Virgile», pp. 185-210). Ha sido igualmente indispensable la consulta del trabajo de don ANTONIO RUIZ DE ELVIRA: «El contenido ideológico del Labor omnia vicit», *Cuadernos de Filología Clásica*, Madrid, 1972, III, pp. 9-33. En este artículo, el estudioso madrileño puntualiza que, pese al testimonio de todos los manuscritos y ediciones, que leen la forma de *perfecto* del verbo (*vicit*), suele citarse en presente, y como tal tiempo está ya atestiguado en las *Saturnales* de Macrobio (V 16,7), donde aparece como proverbio y como cita del mantuano.

<sup>3</sup> Seguidor cabal del *ars bene dicendi*, Pantaleón de Ribera acumula todos estos recursos en el exordio y la peroración, con el fin obvio de captar el atento interés de sus oyentes y moverles a acrecentar sus saberes.

<sup>4</sup> Op. Cit., p. 61.

*vultus tui vesceris pane tuo*. Y en estas palabras se entiende que le costarían trabajo las ciencias que antes le compusieron perfecto<sup>5</sup>.

Considera el autor que la misericordia caracteriza este proceder divino, argumentando. «negarle Dios A Adán la gracia y la noticia fuera castigo; dejarle, empero, apto a conseguirlas, hazaña fue de su piedad»<sup>6</sup>.

La mitología clásica ofrece una visión similar en las historias sobre el violento fin del reinado de Saturno a manos de Júpiter, y, precisamente en el pasaje que nos ocupa, el mantuano narra las consecuencias de este declinar de la Edad de Oro. Ruiz de Elvira destacará del mismo la originalidad que se cifra en el contenido del *Labor omnia vicit*, porque «nadie antes de Virgilio le da un sentido teleológico ni lo hace voluntad providencial de la divinidad, atribuyendo a ésta el designio expreso (*ut varias usus meditando extunderet artes*) de favorecer a los hombres haciendo que de la necesidad o dureza de la vida brotara, a través del trabajo esforzado, la civilización floreciente y bienhechora»<sup>7</sup>. Así pues, la providencia del Dios de los cristianos y del Júpiter latino otorgarían, mediante el trabajo, una misericordiosa y escarpada vía de perfección.

Tras dedicar cuatro páginas a la interpretación del trasfondo filosófico y religioso de la máxima virgiliana, Pantaleón de Ribera se adentra en los predios de la filología y consagra otras tantas al término «*improbus*», entendiendo (y ello nos recuerda la tarea de los escoliastas) que su traducción ofrece alguna dificultad<sup>8</sup>. A las citas de San Isidoro y Lucilio y las reflexiones sobre la *preposición privativa in*, con cumplida referencia a los gramáticos Diomedes, Beda y Prisciano, se suman en este apartado diversas recurrencias de aquel adjetivo en la *Eneida*. Veamos esto último:

Virgilio también trayendo por semejante de la fiera de Mecencio al león dice: *Laevit improba teter*. Y otra vez: *Ora cruor. Improbe amor, quid non mortalia pectora cogis?* Como si dijera: *Saeve amor*, etc. Si bien en el quinto libro parece que nota Entello a Dares de arrogante o confiado con la misma

<sup>5</sup> Op. Cit., p. 64.

<sup>6</sup> Op. Cit., pp. 64-65.

<sup>7</sup> Art. Cit., p. 22.

<sup>8</sup> El autor demuestra ser muy consciente de la estructura de su discurso y delimita claramente los cambios de tema. La máxima que encabeza el texto se vuelve a repetir en el inicio de la segunda parte: «En esta sentencia, pues, el gran Latino trafa estas palabras: *Labor omnia vincit improbus*. De cuya construcción no me detendré a ser intérprete por ser de ajena provincia y tocar esta parte al cerebro de los gramáticos, y lo que yo siento acerca de su explicación (pp. 65-66). Al dar por terminada esta sección dirá: «Hasta aquí ha sido descubrir el sentido gramático, y por haberme detenido en él más de lo que pensé, cercenaré del místico, por no hacer pesado este discurso» (p. 69). La exposición de intenciones y las referencias a la *brevitas* revelan la naturaleza de estas líneas, pues vienen a ser simples transiciones de un tema a otro.

voz: *Si mihi quae quondam (dice) fuerat quaque improbus iste. Exultat fidens; si nunc foret illa iuventa*<sup>9</sup>.

Las reflexiones estilísticas sobre esta voz hacen gala de un cierto brío: «pudo Virgilio con derecho de la Poesía, y aún con una casi propiedad darla la luz que quisiese y torcerla según su necesidad; fuera de que tiene tanta energía y énfasis tanto que dudo se halle epíteto con más tempestividad y sazón en todo su Poema»<sup>10</sup>. Asimismo revisten cierto gracejo las citas y comentarios sobre el aspecto que lucen los poetas consagrados a la creación artística.

El joven secretario de la Academia de Madrid termina su discurso revelando el sentido último del fragmento virgiliano: la alabanza del trabajo o, dicho con sus labios, el «dignísimo elogio de prenda tan heroica como en él nos da el cielo»<sup>11</sup>. Hijo de su tiempo, Pantaleón recurre a nueva lluvia de citas para apuntalar este juicio, y así van desfilar en comitiva Apuleyo con sus *Flórida*, Suetonio, Cicerón, Petronio o Plinio el Joven.

A pesar de que el mensaje de encarecimiento del trabajo tiene un valor intemporal, me atrevería a decir que el contexto histórico de las *Geórgicas* y el opúsculo castellano no supone una cuestión del todo inocente a la hora de su análisis. No creo que sea descabellado apreciar una cierta afinidad entre las ascensión al trono del Rey Planeta y la toma de poder de Octavio, ya que ambas auguraban programas de regeneración moral para unos territorios quebrantados por la inestabilidad y la guerra<sup>12</sup>. Si las *Geórgicas* ensalzan la vida de trabajo en el campo como una actividad digna y viril, Anastasio Pantaleón de Ribera se vale del verso quizá más conocido de esa obra para alabar lo grandioso de todo esfuerzo y actividad humana, pues constituye un ejemplar camino de perfeccionamiento<sup>13</sup>. El autor madrileño pone además especial énfasis en la alta y

<sup>9</sup> Op. Cit., p. 66. La primera cita corresponde a los versos 127-128 del libro X (curiosamente, el discurso aparece deturpado en este lugar, pues «*Ora cruor*» figura unido a la cita siguiente), la segunda se localiza en el v. 412 del libro IV, haciéndose eco del celeberrimo lamento de Dido. La última recoge los versos 397-98 del libro V.

<sup>10</sup> Op. Cit., p. 69.

<sup>11</sup> Op. Cit., p. 68.

<sup>12</sup> Entre otros muchos, se puede traer a colación el elogio del trabajo que don Francisco de Quevedo incluye en el memorial rimado que lleva por título *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, en su valimiento*, incluida en Francisco de Quevedo, *Poesía varia*, Cátedra, Madrid, 1992 (8ª ed.), pp. 180-192. El brevísimo elogio al que nos referimos figura en la p. 185 y es el siguiente: «El rostro macilento, el cuerpo flaco / eran recuerdo del trabajo honroso / y Honra y Provecho andaban en un saco»:

<sup>13</sup> Si bien para R. Martín la encomiástica «dignificación» de las labores del campo ocuparía en la obra del cantor de Eneas (y especialmente en el pasaje que nos atañe) un lugar anecdótico, ya que, como afirma en la p. 186 de su libro, el sentido más profundo del mensaje virgiliano vendría

fatigosa tarea del hombre de letras, componiendo de esta forma una suerte de *Parenesis ad laborem* en la que funde la figura del sabio estoico, los mitos clásicos de redención y caída, el comentario filológico y la tradición clásica.

---

a ser «que la nécessité du travail est en soi une chose bonne, et que le jour de son instauration a été pour l'humanité un jour faste». Con optimismo affin Pantaleón de Ribera interpreta la historia de Adán y su expulsión del paraíso, ya que, a sus ojos, Dios «como quiso tanto al hombre, le dejó más ilustre en la fatiga que pudiera dejarle por naturaleza» (p. 65). Unas líneas más abajo expresará con similar talante: «es gloria del hombre tener por instrumento de conseguir la ciencia su mismo estudio». Tres centurias más tarde (y tomo la cita de R. Martin, p. 197) Emmanuel Mounier ofrecerá una interpretación idéntica: «Dès le commencement, Dieu a fait à l'homme une loi d'activité, non comme de châtement et de peine, mais comme d'exercice et d'instruction. Le caractère du travail est neutralisé par la joie du combat. Intérieurement au travail-châtiment mérité par Adam, la réflexion chretienne contemporaine découvre une dialectique de la libération».